

Festival Rossini de Pésaro, edición 38

por Carlos Fuentes y Espinosa

Fronda que forma altas murallas en todos los tonos de verde, ramas complacientes con el viento, brisas marinas, sembradío de techos a dos aguas en bajo ángulo, horizontes caprichosos que juegan formando una comunión singular entre el cielo y el mar. Muelles y diques de piedra, destellos que se ahogan en la oscuridad nocturna, aguas claras, amplias playas, adoquines serpenteantes, aquel hermoso pueblo de plazas y baldosas pardas en las que se yerguen altivos edificios de la antigua familia Sforza, construcciones recientes que reciclan las vistas, caminos que van y vienen, muros rocosos, verdores coloridos, luz solar modulada: el bienquerido Pésaro, la costa adriática.

Desde el año 80 del pasado siglo, esta encantadora ciudad italiana decidió plausiblemente albergar una notable festividad celebrada por quienes “han creído en la tarea de restituir la música de su refulgente hijo pródigo como logro histórico del lugar”. Ese hijo querido es el universal Cisne, Gioachino Antonio Rossini.

Cada año, durante agosto, los manteles largos se lucen en Pésaro para verificar el Festival Rossini o Rossini Opera Festival (ROF), como se conoce mundialmente, en donde se busca, desde su origen, dar a conocer la obra completa, siempre genial y virtuosa, del genio italiano.

Estos bellos propósitos contaron desde hace cuatro décadas con impulsores extraordinarios en las personas de grandes artistas, investigadores, musicólogos, eruditos, gestores, empresarios, políticos,

filántropos y, especialmente, en el pueblo pesarés, que honra a su loado coterráneo honrándose él mismo.

La trigésima octava edición de este notable festival se realizó del jueves 10 al martes 22 del pasado agosto con la presentación de óperas, conciertos, conferencias, transmisiones, obras sacras y profanas del gran compositor. Las cartas, los correos electrónicos, las publicaciones mantenían prevenido al público.

El tercer día del dicho mes, en el Hotel Alexander, la directiva del festival encabezada por el superintendente por 38 temporadas **Gianfranco Mariotti** (el nuevo superintendente **Ernesto Palacio** fue nombrado el pasado 8 de septiembre) ofrecía la conferencia de prensa sobre las producciones a presenciar y los detalles sobre ellas. Largas filas de interesados aguardaban la venta de boletos, pero la expectativa era mundial, en realidad. Gracias a las ventajas de los avances tecnológicos, las transmisiones vía internet permiten que cualquiera pueda disfrutar en vivo de la oferta. Y, felizmente, así fue.

No es infrecuente que, como si de una actividad religiosa se tratara (¡y, en realidad, lo es!), muchas empresas italianas den por hecho que parte de su personal se ausentará para asistir al festival rossiniano, si bien de toda Europa se tiene buena presencia, y del resto del orbe.

Las tiendas musicales, los cafés, los hoteles, los restaurantes locales están preparados para acoger a los rossinianos del mundo, veteranos y noveles, potenciales y de hueso colorado, en este festejo de vitalidad única, como surgida de una obra del propio maestro. Así, bustos, biografías, figurillas, partituras, fotografías, discos, cuadros, crónicas, bolígrafos, vasos, mapas, dulces, camafeos, recetarios, vinos, camisetas y anillos con motivos rossinianos de todo tipo, inesperados y legendarios (evidentemente, Rossini habría compuesto una genial aria vertiginosa para bajo bufo con la numeración previa) saludan y encantan a quien los ve, atractivos, desfilando en los escaparates, en las estanterías. Son pequeños contenedores de la magia rossiniana que puede sentirse en la atmósfera pesaresa.

Fueron los vehículos de goce rossinianos en esta edición, iniciando la participación de la Orquesta Sinfónica de la RAI: *La pietra del paragone* (*La piedra de toque*), la maravillosa ópera bufa de 1812; *Torvaldo e Dorliska* (estrenada en México, en Veracruz, en 1831), excelso drama semiserio de 1815, cuyo libretista fuese Cesare Sterbini, quien preparara el inmortal Barbero sevillano unas semanas más tarde; *Il viaggio a Reims* (*El viaje a Reims*), ópera-cantata de 1825 para la coronación de Carlos X de Francia; y *Le siège de Corinthe* (*El asedio de Corinto*) de 1826, denominada “tragedia lírica en tres actos”, que es la reelaboración en francés del *Maometto secondo* de 1820.

Diversas estaciones de la Radiotelevisión Italiana transmitieron en vivo las



Escena de *La pietra del paragone*



Ensayo de *Torvaldo e Dorliska*



◀ Escena de *Il viaggio a Reims*

Luca Pisoni y Nino Machaidze en *Le siège de Corinthe* ▶



representaciones, que podían oírse también a través de internet, aumentando considerablemente el público de las audiciones.

Puede considerarse al festival como vanguardista, empero, especialmente en sus criterios escénicos que han generado polémicas más de una vez, alterando la ambientación de las obras, en primer lugar. El caso de la puesta de *La pietra del paragone* de **Pier Luigi Pizzi**, con sus zambullidas en piscina en momentos adecuados de las arias, es un claro ejemplo.

En los carteles a las entradas del teatro podían leerse los nombres de **Nino Machaidze**, soprano; **Carlo Lepore**, bajo; **Paolo Bordogna**, barítono; **Maxim Mironov**, tenor; **Roberto Abbado** y **Francesco Lanzillotta**, directores, entre otros como intérpretes.

En la sala de la República del Teatro Rossini se escuchó, por parte de la Fundación Rossini, una serie de muy interesantes ponencias explicativas para cada obra, donde los propios intérpretes exhibían sus ideas y visiones de la obra, como el caso del joven director sinfónico **Daniele Rustioni**, destacándose especialmente la exposición de **Damien Colas**, quien efectuara la edición crítica de *Le siège de Corinthe*, y la disertación de **Marco Beghelli** acerca de los tenores rossinianos.

A las óperas, las acompañaron los recitales del bajo-barítono **Luca Pisoni**, con **Giulio Zappa** al piano, el día 15 y de la mezzosoprano rusa **Margarita Gritskova** el día 21, tocando el piano **Ivan Demidov**, además de la espléndida “Rossinimania, el órgano toca a Rossini” el día 18, a cargo del dúo formado por **Giuliana Maccaroni** y **Martino Porcile**, que conmovió profundamente a muchos, todos en el Auditorio Pedrotti.

En el teatro principal, el bajo **Ildar Abdrazakov**, dirigido por el guanajuatense **Iván López-Reynoso**, interpretó arias para su tesitura, estimada por el maestro, y se dio un recital con los tenores **John Irving**, **Sergei Romanovsky** y **Michael Spyres** bajo la dirección de **David Parry**, al frente de la Filarmónica Rossini.

La nombradía e importancia del festival se ampliaron tanto con el tiempo que se creó una Academia Rossiniana, en la que se desarrollarían voces capaces de abordar las inmensas demandas del compositor. Sus alumnos participan en las puestas regularmente y despegan hacia los derroteros mundiales.

Si este esfuerzo se debe a tantas personas entusiastas y trabajadoras, a la actividad noble de asociaciones y gobiernos, como se ha visto, no ha de negarse el estímulo enorme y primario de uno de sus más grandes artífices, el director orquestal **Alberto Zedda**, cuya reciente e infortunada desaparición lloró todo rossiniano del mundo, todo amante de la interpretación, del buen gusto y dedicación concienzuda, y el propio festival, beneficiario de su laboriosa fecundidad, dedicándose esta edición a su memoria emotivamente. Otro gigante al que el festival y el rescate de la música de Rossini deben tanto nos dejó en fechas cercanas, el doctor **Philip Gossett**, a quien se rindió tributo en alguna ocasión.

Los sábados por la noche, la casa natal del Cisne de Pésaro, de rectangular fachada, que es hoy el Museo Casa Rossini, abrió sus balcones a la estrecha calle que vio la primera salida al mundo del maestro, para que cientos de personas reunidas ahí se deleitaran al escuchar las notas de óperas inmortales como *La Cenerentola*, *Il signor Bruschino*, *Il barbiere di Siviglia*, en voz y piano, coreadas a ratos por los asistentes dichosos.

El broche áureo de esta anual fiesta rossiniana fue la conclusión, el *Stabat Mater* en el Teatro Rossini, televisado a la Plaza Mmayor. Se inició con el inquietante y filosófico Preludio religioso de la *Petite Messe Solennelle*, último pecado de vejez de Rossini, que Zedda orquestara. La soprano georgiana **Salome Jicia**, la mezzosoprano albanesa **Enkelejda Shkova**, el tenor ruso **Dmitry Korchak** y el bajo uruguayo **Erwin Schrott**, ya conocidos del festival, encabezaron la obra con una afluencia considerable y, lo mejor, creciente, que apreció el privilegio de tal portento.

De esta manera, el sueño de una tierra rossiniana, en donde la música del compositor constituya un elemento precioso y básico de la materia es un logro monumental que se traduce en codiciada realidad, que debe considerarse, y como tal defenderse, “un verdadero patrimonio de belleza y civilidad que hoy pertenece a la cultura del mundo entero”. ●



Ildar Abdrazakov e Iván López Reynoso en concierto